



III

Conflicto y ruptura.

IDA había pronunciado la última parte de su peroración con tanto calor, con tal acento de sinceridad y gracia, como si todas las palabras que salían de sus labios brotasen del fondo del corazón: la famosa amazona del feminismo se sintió fascinada y casi atónita. Dejó, pues, sin encender otro cigarrillo que tenía ya entre los dos dedos, y colocando las manos sobre las rodillas, se inclinó hacia Ida, mirándola y escuchándola con gran atención, cual si temiese perder una sola palabra del discurso. Cuando Ida, llevada por el hilo de sus ideas iba á revelar sus penas, y por no descubrirse, había suspendido bruscamente su perorata, la señora Schwitzer permaneció muda algunos momentos como si no tuviese nada que objetar. Pero repuesta de aquel momentáneo asombro y enterada de lo que acababa de oír, le pareció despertarse de un sueño, durante el cual hubiera sido transportada á los tiempos de la Edad Media, viendo en su gentil interlocutora la más viva personificación de ellos. Por fin, arrastrando las palabras, y como si continuase las reflexiones que había estado haciendo durante el sermón de Ida, acertó á decir:

Nunca hubiera creído que el atavismo clerical y el dualismo de la moral en las relaciones entre el hombre y la mujer, estuviesen tan arraigados en el ánimo de usted. Después de cuanto acabo de oír de sus propios labios, debería presumir que la causa del feminismo no ha llegado en Italia al grado de evolución indispensable para trabajar por ella con fruto. Usted, señorita, que por educación, cultura y condición social, debía estar preparada intelectualmente para contribuir al desarrollo de la gran obra de la rehabilitación de la mujer, para la conquista del triunfo más glorioso en su lucha por la vida, apenas si conoce los rudimentos de tan arduo problema.

Y luego replicó, inclinándose hacia atrás con los brazos caídos y las piernas estiradas.

—¿Qué ocurrirá con las demás mujeres italianas? ¿Con las patricias que sólo viven para el culto de la belleza comprada por los hombres á precio de la propia libertad? ¿Con las plebeyas que se imaginan haber nacido para morir de cocineras de los hombres? ¡Pobre Italia! Sería cosa de desesperar y dejarla perecer en la barbarie de sus tradiciones teocráticas, si con el impulso de un potente movimiento feminista no hubiese la seguridad de que habrá de cumplirse en ella la ley de la evolución.

A esta salida tan arrogante, Ida no sabía si reír ó protestar.

La otra continuó con un tonillo irónico de compasión:

—Perdone usted, señorita; pero acaba de mostrarse tan ignorante de los progresos realizados en estos últimos tiempos por el feminismo, tan tenaz en los antiguos prejuicios por los cuales la mujer ha sido reducida al estado de sierva y animal doméstico privilegiado del amo hombre, que yo no se qué decir para convencerla del error en que se encuentra respecto de la condición de la mujer á quien falta en absoluto la libertad y la independencia bajo la tiranía del hombre. Lo único que puedo decirle es que de sus propias premisas se desprende un argumento convincente en favor del feminismo.

—¿Cuál? preguntó la joven mirándola fijamente al rostro.

—Pues éste, según usted: para rehabilitar á la mujer, se necesita ante todo la reforma moral del hombre.

—Sí, señora.

—Pues esta reforma moral es quimérica, absurda, imposible; luego no queda más que la lucha, lucha científica y práctica, lucha por la vida, por la autonomía, por la emancipación é igualdad perfecta, que pueda libertar á la mujer de la servidumbre del hombre. Por compasión, no hablemos de moral fundada sobre el dogma. Sobre este punto no puedo admitir una discusión seria, desde que la ciencia moderna ha rechazado y condenado para siempre como inmoral otra moral que no resulte autónoma é independiente de las supersticiones religiosas. Pero de cualquiera moral que se quiera hablar, lo cierto es que en la condición presente de la sociedad, el hombre ejerce su monopolio y por esto no admitirá nunca una reforma moral que le sea contraria que sea favorable á la mujer. Resultará, pues, lo que ha resultado siempre en todos los tiempos y en todos los lugares: la mujer esclava del hombre en nombre de la moral creada por él para dominarla; es decir, una moral modelada á propósito para legitimar la tiranía masculina. Por lo tanto, ó lucha ó esclavitud; no queda otro camino. Comprendo, no obstante, señorita, que nos separa un verdadero abismo para que podamos entendernos; de manera que no abrigo la esperanza de que lleguemos á un acuerdo.

—En esto tiene usted razón, señora, porque sino admite ni siquiera la posibilidad de una moral superior al hombre y á la mujer, una moral impuesta á entrambos por una autoridad que ligue sus conciencias, con motivos religiosos y domésticos; claro es que no habremos de entendernos jamás. Continúe, pues, la ciencia en rechazar esta moral y las señoras feministas, apoyadas por sus complacientes auxiliares, continúen en predicar la lucha de las mujeres contra los hombres, para sembrar el

odio de los sexos, como los socialistas siembran los odios de clase, el odio, la rivalidad, la concurrencia despiadada entre dos seres que han nacido para amarse, perfeccionarse y vivir unidos como una persona sola. Yo prefiero siempre el amor al odio y no encontraré otro medio de hacerle puro, íntimo, constante, superior á los estragos del tiempo y á las pruebas de la desventura, ni otro remedio radical al antagonismo moderno entre hombre y mujer que en la reforma moral del primero, fundada sobre la religión de Aquel que resolvió todas las cuestiones de la vida en una sola frase: *amaos como yo os amo*. Este es el criterio del sentido común, y el buen sentido nunca ha sido desmentido por la ciencia.

Sonrió complacientemente la señora Schwitzer, pensando que la presa había caído en la red; así es que le dijo á quemarropa:

—¿Y por qué, señorita, no ha seguido usted la voz infalible de su buen sentido en provecho propio? ¿Por qué en lugar de esperar tranquilamente al hombre que le había destinado el Cielo como compañero de su vida, por qué ha ido usted á hacer una despiadada concurrencia á los hombres en la profesión de telegrafista?

Á estas palabras, pronunciadas con una sonrisa satírica y casi burlona, Ida, que ya estaba harta de aquella incómoda visita, estuvo á punto de despedir violentamente á su interlocutora; pero se contuvo, y sonriendo ella también, respondió con tranquilidad estudiada:

—Verdaderamente su pregunta, y sobre todo el modo de hacerla, no me parece conforme con su ardiente feminismo, que debería comenzar por compadecer la condición de una pobre huérfana, obligada á trabajar para ganar honradamente su pan y el de su anciana madre. Pero si usted cree que mi aversión al feminismo se extiende hasta negar á la mujer el derecho de hacer concurrencia al hombre para proporcionarse lo necesario para la vida en cualquier profesión honrada, sepa que se engaña

de medio á medio. Negar á la mujer este derecho sería condenarla á sostener por sí sola todas las consecuencias derivadas de la licencia del hombre, empujándola á la miseria, á la desesperación ó al deshonor. Baste con recordar que hoy, por la gran revolución realizada por las máquinas en el método de la producción, va disminuyendo cada vez más el número de las mujeres ocupadas en los quehaceres domésticos, y va aumentando el de las hijas de familia que necesitan colocarse fuera de casa para vivir de su propio trabajo. De aquí tantas nuevas profesiones femeninas que, hasta cierto punto, están justificadas por las nuevas condiciones de los tiempos. En el feminismo, como en todos los errores, hay un fondo de verdad, dañado, sin embargo, por las exageraciones y por los excesos.

—¿De qué excesos habla usted?

—Me refiero á la paridad que se quiere establecer entre los dos sexos, y á la lucha por obtenerla.

—¿En qué es la mujer inferior al hombre? Y si hay paridad entre ambos, ¿cómo alcanzarla si no es por la lucha?

—¡Qué paridad ni qué lucha!

—Sí, sí... Paridad para la lucha y lucha para la paridad, porque..

—Porque en todas las guerras sucumbe el más débil y la derrota final correspondería á la mujer. Los feministas debieran estudiar un poco mejor la Naturaleza y verían que el hombre y la mujer no son iguales é independientes como el abeto del abeto, sino destinados á acercarse y sostenerse juntos como el olmo y la vid. *Yo muero ó me apoyo.* La encina sostiene la hiedra, y ésta defiende á la encina. El hombre y la mujer forman un todo moral y doméstico, en el cual son tanto más felices, cuanto mejor cumplen las distintas funciones que les están encomendadas. No se trata ni de amo ni de esclava, sino de dos partes de complemento moral que constituyen un todo homogéneo y vital. La fuerza del hombre no debe oprimir, sino atraer hacia sí á la mujer para sostener su debilidad; el amor por los

hijos debe conquistar y templar la fuerza del hombre: de manera que en último análisis, toda la debilidad del hombre reside en su fuerza y toda la fuerza de la mujer en su debilidad.

—Pero, en suma, ¿es ó no capaz la mujer de ejercer todos los oficios, las cargas y las ocupaciones que ahora son, en gran parte, monopolio exclusivo del hombre? Hasta que no se llegue al idilio del olmo y la vid, el hombre podrá continuar oprimiendo á la mujer, tratándola como instrumento de placer y como bestia de carga, ¿y ella no tendrá el derecho de hacerle concurrencia en la lucha por la vida para vivir honradamente y tomar parte en todas las instituciones civiles, en las cuales se decide la suerte del hombre y también la de la mujer? Aquí está el punto más importante del asunto, y sobre él quisiera que usted me diese una respuesta clara y categórica.

—Sí, la mujer tiene derecho, no digo de hacer concurrencia al hombre por principio de perfecta igualdad, sino para atender á sus necesidades por precisión de legítima defensa, aspirando á cualquier oficio ú ocupación que le permita vivir por sí misma. Por eso, en la propia medida en que crece el egoísmo del hombre hacia la mujer, crece y se extiende el derecho de ésta á hacerse independiente de él en el orden civil, económico y social. Si los hombres se decidiesen á tratar las mujeres como los turcos, éstas tendrían entonces el derecho de tratar á los hombres como bestias. Pero, ¿le parece á usted que este sea el desarrollo natural de la cuestión, conforme al ideal de las relaciones entre ambos sexos, al bien de la familia y de la sociedad, y, sobre todo, conveniente á la índole, al destino de la mujer y en ventaja suya?

—En cuanto á las ventajas, no me explico siquiera que pueda usted dudarlas.

—Acaso tenga usted razón, señora, si sólo considera la cuestión del pan. Digo *acaso*, porque la concurrencia de los hombres y mujeres á los mismos oficios aumenta la oferta y dismi-

nuye el pedido, y, por eso mismo, deprime los salarios y aumenta la desocupación, haciendo á unos y á otros más difícil la conquista y más escasa la porción de pan. Pero el hombre, y aun más la mujer, no viven sólo de pan. Lanzada por las necesidades de la vida á salir del hogar doméstico para arrojarle en el mundo de los negocios, la mujer es como una planta arrancada de su suelo y de su cielo, que no puede prosperar más que en su propio terreno. Fuera de él se siente oprimida, envilecida, dividida en lo íntimo de su ser.

—Prejuicios de una educación ficticia y falseada; prejuicios que deberán caer con la total emancipación de la mujer.

—Emancipación que resultaría para la mujer la mayor desgracia.

—¿La mayor desgracia? ¿Pero no ve usted, señorita, que se hiere con sus propias armas? ¿No ha reconocido usted misma á la mujer el derecho de entrar tanto más en el terreno del hombre, cuanto más la oprima éste? ¿No ve que tal hecho social va creciendo y ensanchándose de año en año en los países civilizados, de manera que la emancipación de la mujer se puede decir que progresa á la par de la rehabilitación del proletariado, como una reivindicación simultánea de dos grandes injusticias? Ahora una ley irresistible de la evolución moderna empuja á la mujer fuera de su casa y la lleva al campo de la vida pública. La encontramos en las fábricas, en los establecimientos industriales, en la agricultura, en el comercio y hasta en las minas. La Facultad de Medicina, el arte y la ciencia están poblados de mujeres. El egoísmo del hombre todavía le impide el acceso á ciertas profesiones más honoríficas y lucrativas; pero el feminismo organizado hará caer estas últimas barreras y entonces tendremos la perfecta igualdad de derechos, á la cual seguirá la conquista de todas las libertades sociales alcanzadas por la mujer hasta que penetre é invada todas las costumbres de la vida civil, derecho y hecho que arruinarán los antiguos prejuicios, dando á la mujer su libertad.

—¿Luego tendremos la mujer abogado, la mujer magistrado, la mujer diputado, la mujer ministro, y hasta la mujer soldado?

—¿Y por qué no? ¿Acaso la mujer es menos diestra y menos valerosa que el hombre? ¿Judit y la doncella de Orleans no son tan admirables como el más famoso de los héroes? En el Colorado ya tienen las mujeres no sólo el derecho de sufragio, sino que funcionan también como jurados en los procesos civiles y criminales, y ahora se trata de que ingresen en la milicia. En las regiones del Nilo blanco, entre los pueblos indígenas de las Antillas descubiertos por Colón, en Dahomey y en otras partes, la mujer es guerrera igual que el hombre. En la antigua Bretaña, los ejércitos iban casi siempre dirigidos por una mujer, según nos refiere Tácito. El rey de los Acantis está protegido por una guardia femenina. Catalina Sforcia defendió á Forlì contra los matadores de su marido y de Cesar Borgia. Elena Smelko, conocida en el ejército por el nombre de Miguel Nikolajevitch, combatió como una heroína en la guerra ruso-japonesa y fué herida en la batalla de Mukden; la Tompson, la Velázquez, la Emlí, la Cushman, la Divers, también hicieron prodigios de valor, combatiendo como hombres en las guerras americanas. De estos hechos, en que abunda la historia, podré recordarle otros más recientes que todo el mundo conoce. En la revolución contra el Presidente Palma en Cuba, Clara Santos á la cabeza de 100 insurrectos, dispersó un destacamento muy numeroso de soldados cubanos, mandado por el coronel Estremes. Y para no ir tan lejos, lea usted la historia de las revoluciones europeas más recientes y verá que la mujer se ha mostrado, no sólo igual, sino hasta superior al hombre en valor y fiereza.

—Querrá usted decir en ferocidad y crueldad sanguinaria, señora. Pues tales mujeres, como las *petroleras* y las *dinamiteras*, las insultadoras del patíbulo, son ejemplos que demuestran la tesis contraria, porque la ira y el furor son tanto más excesivos cuanto más débiles son las personas que los

sienten. Por lo mismo en la lucha y en la carnicería los muchachos y las mujeres son más feroces que los hombres. ¡Mujer iracunda, madre sin entrañas! De Judit, de Juana de Arco, de las Amazonas, guerreras y heroínas no hay que hablar, porque son excepciones que no pueden demostrar una tesis universal. Si usted se empeña, yo no le negaré, que puede darse el caso de una mujer más fuerte que Sansón, más hábil en el arte de la guerra que Cesar, Napoleón ó Moltke. Pero con estas excepciones no verá usted más que la confirmación del principio de que la mujer es más débil que el hombre, y que la guerra pertenece á éste y no á aquélla. Y ya que el feminismo persigue la igualdad perfecta entre el hombre y la mujer, yo digo que cuando ella se haya realizado, por la propia razón que tendremos la mujer magistrado y soldado, habrá también el hombre niñera y costurera. ¡Qué mundo tan original! ¡La mujer en la escuela de tiro y el hombre mudando el pañal al niño!

Sintiéndose cada vez más dominada por la argumentación espontánea y vivaz de Ida, la señora Schwitzer se movía cómicamente en su silla, como si no encontraría una posición agradable. Por último estalló:

—La burla no es oportuna cuando se trata de cosas serias. Y replicó Ida.

—Nunca he hablado más en serio, señora. Por eso no he dicho que pretendan ustedes formar la mujer padre y el hombre madre.

—Por su manera de replicar debo comprender que mi visita empieza á molestarla y voy á librarla de mi presencia. Si no he realizado el objeto que me había propuesto, tendré al menos en su ejemplo un argumento nuevo para combatir contra los prejuicios inveterados de la mujer italiana.

—Puede usted aprovecharlo, señora. Pero sepa, sin embargo, que aun cuando consiguiese estirpar de raíz todos los prejuicios y convertir al feminismo á todas las mujeres, deberá

hacer también el milagro del hombre madre y de la mujer padre.

—De otro modo—interrumpió fuera de sí la señora Schwitzer—el mundo deberá cambiarse en un convento, condenado á la esterilidad del celibato monacal.

—De otro modo—replicó Ida mirándola con aire de desafío,—deberá la mujer continuar como hasta ahora, en cumplir todos los oficios penosos de la maternidad, de la familia y de la casa, y por añadidura echar sobre sí las demás conquistas del feminismo. Luego doble serie de deberes impuestos á un organismo débil, delicado, que hoy en día va degenerando cuando tiene que entregarse á las labores viriles. Vea usted á la mujer en la Universidad, la mujer en el teléfono, la mujer en la máquina, la mujer en correos. Interróguela, estúdiela, examínela y verá cuánto han ganado sus nervios, su belleza y su equilibrio físico y moral. ¡Pobre víctima! Respetad su naturaleza, su debilidad, dejadla desenvolverse y desarrollarse tranquilamente en su juventud y formarla para los quehaceres domésticos y para los cuidados de la familia; no la oprimáis con estudios y neguéis darle un alimento sano, reposo y descanso suficiente; mostrad aprecio hacia la importancia de sus oficios femeninos y hacia el valor económico y social de sus ocupaciones; no la hagáis trabajar tanto, no la tratéis como mozo de carga, rehabilitarla en su mundo, secundar en vez de violentar su naturaleza para que resulte mujer perfecta, digna del hombre y fiel compañera suya. Este es el verdadero feminismo.

Durante esta última tirada de Ida, pronunciada casi sin respirar, la señora Schwitzer se había puesto en pié como movida por un resorte, poniéndose el abrigo manoteaba y soplabá, y cogiendo con la mano derecha el sombrero se colocó frente á frente de su interlocutora mirándola de alto á abajo como el cabo al soldado que le hubiera negado el saludo. Pero Ida, resuelta, no se dejó intimidar y manteniendo su actitud digna añadió con una sonrisa:

—Es decir, señora, que si no nos hemos entendido, por lo menos nos hemos comprendido. Le agradezco su visita y le ruego que perdone mi franqueza.

La otra apretó los labios, sacudió su cabellera de nuevo y fulminó sobre Ida una mirada de tigre y con un guiño indigno, dijo, mirándola fijamente con sus impertinentes como para confundirla de alto á abajo.

—Sí, sí, tenga usted la seguridad de que no me verá usted á su lado más que cuando quiera oír el sermón de Fray Giralduino sobre el milagro de las nueces. Siempre que desee imaginarme el tipo de la mujer italiana en los tiempos de Sixto V, bastará con que recuerde esta visita. *Unglaublich! Armes italien.*

Luego sin darle la mano, inclinó la cabeza ligeramente, giró sobre los talones con rapidez, volvió la espalda y se encaminó hacia la puerta.

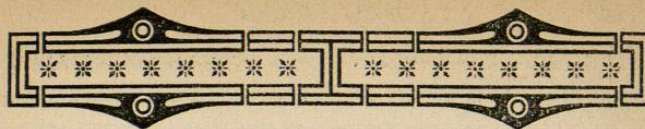
Ida la siguió diciéndole:

—Mil gracias, señora, por tanta cortesía.

La otra, le lanzó un gesto amenazador y desapareció velozmente por las escaleras.

Al volver á su cuarto, se dejó caer en una silla recordando aquella escena tan contraria á su delicado carácter y á su buen corazón. Pensó en tan extravagante mujer, en su madre, en su profesión de telegrafista, en el presente y en el porvenir.

Y no pudo menos de llorar amargamente.



IV

Sobre el campo de la gloria.

TRES meses después celebrábase en el *Politeama* la primera reunión feminista italiana, promovida y organizada por la señora Schwitzer y presidida por ella.

En las galerías y butacas no habían sido admitidas más que mujeres para evitar cualquier demostración desagradable. En los palcos no se pudo impedir la entrada de los hombres; pero su condición de gentes de buen tono, inspiraba confianza de que habrían de guardar la mayor compostura. En el fondo del proscenio estaba la mesa de los periodistas; en medio, la mesa de la presidenta, y á los lados dos mesitas, una á la derecha para la secretaria y otra á la izquierda para los oradores. No decimos oradoras por respeto á la gramática; porque no hablarían sólo las mujeres: la presidenta había conseguido la cooperación de un diputado publicista del socialismo, para inaugurar dignamente la organización del movimiento feminista *integral* en Italia.

El aspecto de la asamblea, no era ni serio, ni imponente; pero sí muy variado, muy alegre y muy distraído. En las butacas ondeaba, casi agitada por el viento, una selva de plumas de

sombreros y de abanicos de modas y de tocados de todos colores y de todas las formas; en los palcos, esparcidos acá y allá algunos caballeros armados de gemelos y poquísimas señoras. En cambio las galerías estaban atestadas de mujeres y muchachas del pueblo, procedentes, en su mayor parte, del gremio de modistas. En las primeras como en las últimas filas, no se oía más que una charla continua, un ruido confuso de voces y de gritos estridentes.

Pero apenas apareció en el proscenio la presidenta, seguida de su estado mayor, el silencio más absoluto reinó en la sala. La señora Schwitzer dirigió ante todo un triple saludo á los tres lados de la asamblea inclinándose con agilidad maravillosa; después invitó graciosamente á la vicepresidenta, á las demás señoras del comité y al orador socialista á ocupar sus asientos alrededor de la mesa de la presidencia, y se sentó majestuosamente en su poltrona.

Desde allí, con una mirada de complacencia recorrió todo el campo de su gloria, gozando por anticipado del éxito de aquella jornada memorable, debida á la iniciativa de su genio organizador. De igual manera miró Jerjes en el Helesponto todo el mar ocupado por sus flotas y la tierra cubierta por sus soldados, sintiéndose seguro de aplastar á la soberbia Grecia y de volver á Persia cargado de laureles, de despojos y de trofeos.

Pero mientras se sentaba la presidenta, ocurrió una cosa que la señora Schwitzer, quiso al principio interpretar como una explosión espontánea de entusiasmo precoz; pero que pronto tuvo que atribuir á la gran ligereza con que los italianos, por transmisión hereditaria de defecto atávico, hasta en las cuestiones más serias y más arduas, buscan siempre el lado ridículo de las cosas. Los periodistas, que colocados detrás de la mesa de la presidencia, podían manifestar impunemente con muecas y con gestos las propias impresiones, al ver aparecer sobre el proscenio la escuálida figura de la presidenta, se pusieron á

cambiar miradas de inteligencia entre sí y sonrisas tan expresivas é irónicas, que el público de las galerías, advertido de aquel lenguaje mudo, pero elocuente, y adivinando la causa en la figura extraña de la presidenta y en la moda no menos extraña de su traje casi masculino prorrumpió en una formidable carcajada que repercutió, por efecto de una sugestión inevitable, en palcos y en butacas.

La señora Schwitzer esperó, impasible y fieramente, á que pasase aquel estrépito de carcajadas, ejemplo que fué seguido por su estado mayor sentado á su lado para hacerle honor. Entre tanto allá arriba entre el pueblo soberano del tercer sexo, al primer ímpetu de entusiasmo había sucedido un ruido endiablado; en las butacas se oían voces argentinas, mezcladas con gritos sonoros. Por todas partes se reía sin descanso á mandíbula batiente.

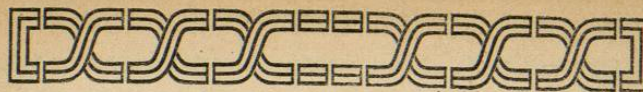
Se veía claro que el público de las galerías dominaba el terreno y debía decidir del éxito de la jornada, porque en ellas se encontraba el verdadero pueblo femenino, ansioso de emancipación. Las butacas, y mucho más los palcos, estaban ocupados por gentes de la burguesía y de la aristocracia que habían asistido á la reunión por espíritu de curiosidad y porque el asunto estaba en moda. La presidenta, al primer golpe de vista, se percató de la índole del auditorio, proponiéndose argumentar á gusto de las galerías.

Pero el estrépito no cesaba en ellas, hasta que empezaron á oirse en todo el teatro las frases más picantes y originales sobre los personajes del proscenio, y más especialmente sobre la presidenta.

- ¡Mira, qué tarascal
- Parece una girafa.
- Un camello.
- Un pollo con la pepita.
- Un macho cabrío destripado.

- Un bacalao.
 —No le faltan más que las barbas.
 —¡Las tiene! Es que se afeita dos veces al día.
 —¿Cómo se llama?
 —¿No viste el nombre puesto en los anuncios? *Schifer, Scrofer, Sventer... Sviter... Strazzer...* Un nombre endemoniado. Parece un estornudo.
 —¿Y de dónde viene?
 —De California.
 —De Calcuta.
 —De Abisinia.
 —Será la mujer de Menelich.
 —La reina de Haití.
 —¡Viva la reina!
 —No. Te aseguro que viene de Rusia.
 —¿De Prusia? Mueran los alemanes.
 —¡Abajo los rusos!
 —¡Vivan los japoneses!
 —¿Por qué está tan tiesa?
 —Porque se ha tragado el molinillo de la chocolatera.
 —No, el mango de la escoba.
 —Va vestida como un barbero.
 —No, como un mozo de cuadra.
 —¡Silencio!... Va á hablar sobre el feminismo.
 —¡Muy bien!... ¡Bravo!
 —¡Viva el feminismo!

Por segunda vez reinó en el teatro un silencio absoluto. La señora Schwitzer se había levantado y empuñando la campanilla, signo y atributo de su autoridad, la agitó con fuerza con el brazo extendido en señal de protesta, demostrando con este primer acto de energía, el temple de acero de su carácter y el enérgico propósito de mantener á toda costa el orden y la dignidad de aquella solemne reunión.



V

El primer contratiempo.

EN medio de aquel silencio y con la mayor atención de todos, después de agitar de nuevo la campanilla, y de hacer un triple saludo á los tres lados del auditorio, la presidenta se colocó los lentes sobre su enorme nariz, acarició el cabello con las manos y empezó á hablar con tono solemne y con voz estridente:

—Señoras, señores, amigas, compañeras. *¡Eppur si muove.* Este grito fatídico del gran Galileo, me sale espontáneamente del corazón al inaugurar la primera asamblea nacional italiana para la emancipación y rehabilitación de la mujer. Aquello que hace años parecía á los más ardientes defensores del feminismo internacional una verdadera utopía, esto es, la difusión y organización de tan grandiosa obra en Italia, hoy es un hecho realizado, y esta solemne asamblea lo prueba. Ciertamente es, que mis generosas cooperadoras, sin excluir á algunos egregios cooperadores, de quienes tenemos aquí un ilustre y dignísimo representante, han debido luchar contra dificultades, obstáculos y prejuicios formidables... Cuántas veces, ante la guerra encarnizada, desleal, fraudulenta promovida en todas partes; ante las insidias, las traiciones, las calumnias de nuestros enemigos